

Hay que aclarar que mientras algunos de estos rasgos son ejemplos adicionales del dialectalismo altorriojano, otros son características que la lengua de Berceo posee en común con la de muchos coetáneos suyos. Por ejemplo el punto 7, a cuyo estudio se dedica más espacio, fue según F. Hanssen característica del español en la poesía del siglo XIII.

Finalmente, el monorrismo de la cuaderna vía también ofrece apoyo adicional en la valoración de lecciones contradictorias que aparecen en rima: por ejemplo, la forma infinita *far* (v. 756d) es seguramente auténtica, pues rima con *aguardar*, *honrrar* y *asmar*; asimismo, es original el participio fuerte *nado* (v. 309b), en rima con *onrrado*, *amado*, *pagado*.

Con este examen riguroso de las tres "pruebas" reseñadas aquí, termina Ruffinatto su estudio. Por lo menos en el nivel fonológico y morfológico, ha alcanzado su propósito de "reconstruir" la lengua de Berceo. Su cuidadoso trabajo ha iluminado de modo definitivo la confusión entre lengua de manuscrito y lengua de autor y ha servido para destruir antiguos prejuicios. El orden metodológico de su investigación y sus valiosas conclusiones sobre la lengua de Berceo abren nuevos caminos para investigaciones futuras. Quedamos, por ahora, a la espera de la edición que promete de la *Vida de Santo Domingo de Silos*.

LOUISE VASVARI FAINBERG

State University of New York at Stony Brook.

*Libro de Apolonio*. Estudios, ediciones y concordancias de Manuel Alvar. Fundación Juan March-Castalia, Valencia, 1976; 3 ts.: 476, 632 y 498 pp.

La normalmente desapacible y aun ingrata tarea del reseñador se torna placentera cuando se trata de reseñar obras de que tantas y tan buenas cosas cabe decir, como sucede en el caso de la que ahora nos ocupa. Y, siendo tan abundantes los comentarios que el libro provoca, resulta necesario hacer una selección —subjetiva y aun caprichosa, sin duda— para no rebasar los límites propios de una reseña bibliográfica.

Ante todo, justo es advertir que Manuel Alvar sale no sólo airoso, sino triunfante, del "grandísimo riesgo a que se pone —en palabras de Cervantes, que Alvar mismo recuerda— el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que le leyeren". Y su triunfo es aún más notable si se considera que la colosal labor llevada a cabo por Alvar en torno al *Apolonio* se consumó en poco más de dos años, lapso que al autor le parece un tanto excesivo, siendo así que a cualquier otro estudioso le hubiera exigido el doble o el triple de tiempo. Innecesario me parece recordar la asombrosa capacidad de trabajo de Manuel Alvar; lo que en otros sería precipitación censurable se convierte, en su caso, en "productividad" sorprendente.

La colección dentro de la que aparece este *Apolonio* "tiene sus exigencias" —conforme Alvar advierte—, y a ellas ha tenido que ceñirse el autor. Una de las cuales —imagino— habrá sido la determinación de un plazo dentro del cual habría de cumplirse todo el proceso editorial. Exigencia de carácter práctico que explica la única limitación apreciable en la obra: la ausencia de un vocabulario completo. Las concordancias que ocupan el volumen tercero —como cualquier otra concordancia de las que hoy tanto se publican— no alcanzan a cubrir las funciones de un verdadero vocabulario. Mejor que nadie lo sabe Manuel Alvar, y así lo hace constar al admitir la necesidad de adaptarse a determinados planes editoriales (p. 17). Pero, de cualquier manera, su índice de concordancias será no una "buena" —como él espera—, sino una excelente ayuda para quien desee trabajar en torno al *Libro de Apolonio*. Volveré sobre ello.

Y, aparte de las concordancias, los estudios de Alvar sobre el *Libro*, así como sus ediciones (cf. *infra*), serán no ya excelentes, sino indispensables instrumentos de trabajo para todos los que quieran continuar en el análisis de cualquier aspecto del *Libro de Apolonio*.

De colosal he calificado la labor cumplida por Alvar en tan breve plazo. Y no es calificativo generado por predisposición hiperbólica. La tarea por él hecha en esta agitada época —en la que un profesor universitario tiene que multiplicarse para atender a multitud de actividades y a compromisos muy diversos— me parece, en verdad, obra de romanos. Es notable la lucidez con que Manuel Alvar reúne, juzga y discrimina todo lo que se había dicho hasta ahora en torno al *Apolonio*; la penetración con que analiza los diferentes aspectos de la obra: estructurales, genealógicos, históricos, etc.; la sensibilidad con que devela los méritos poéticos del traductor re-creador castellano; la densidad de su estudio lingüístico... Pero vayamos por partes. Limitemos nuestra atención al tomo I, en el que se reúnen los estudios de Alvar: filiación del texto castellano, fidelidad al modelo y —a la par— recreación poética, análisis del manuscrito, estilística, principios para la edición crítica, análisis estructural del relato, descripción lingüística, etc. En una palabra, estudio *filológico*, en toda su cabal y difícil complejidad. Que la obra de Alvar se sitúa, felizmente, en los dominios de la vieja y noble —aunque ya no "venerada" (p. 18)— Filología.

Así, comienza por precisar la raigambre odiseica de la leyenda recogida en la *Historia Apollonii Regis Tyri* —base del poema español— y su parentesco con la novela bizantina, pero con las características propias ya de la cultura latina a que pertenecía el autor, cuyos méritos literarios y originalidad creadora pone Alvar en relieve. Como lo hace también, muy pormenorizadamente y con verdadero entusiasmo, al referirse al *Libro* castellano, obra no de un simple traductor, sino de un verdadero poeta, capaz de colorear de vida palpitante "los fríos renglones" del texto latino, a los cuales, no obstante, sigue puntualmente, cosa que permite rechazar la hipótesis según la cual el poema español derivaría de un texto intermediario francés o provenzal (p. 113).

Con gran meticulosidad procura Alvar reconstruir el poema castellano originario, tarea sumamente delicada, dado que el manuscrito en que se conserva —copia de fines del siglo xiv— refleja un estado de lengua mucho más avanzado que la propia del momento de composición del poema. Se esmera Alvar en esta labor reconstructiva, restituyendo la apócope cuando resulta necesario hacerlo para obtener la regularidad métrica propia del mester de clerecía; haciendo en otros casos las supresiones que la medida del verso exige<sup>1</sup>; reponiendo con tino formas léxicas que habían quedado ya anticuadas en la época en que se hacía la copia conocida hoy: *levar* en vez de *levantar*, *contido* en lugar de *contecido*, *descorado* por *descorazonado*, *nul* en vez de *ningún*, etc.<sup>2</sup>. En algunas ocasiones, basta con modificar el orden de las palabras para devolver al verso su medida cabal.

El proceso de adaptación —de actualización— del texto latino al espíritu cristiano medieval en que se gesta el poema castellano, es asunto al que dedica Alvar abundantes y luminosas páginas, mostrando la capacidad creadora del poeta, su realismo vital, su acierto en el empleo de la amplificatio retórica, la más lograda cohesión estructural del poema. Cierto es que en un aspecto la *Historia Apollonii* supera al poema castellano: en ella, los personajes revelan una más rica y más matizada complejidad psicológica, en tanto que en el *Libro* español los personajes aparecen rígidamente estereotipados —“los buenos lo son hasta el heroísmo, y los malos, malos hasta la abyección” (p. 177)—, pero ello obedece, sin duda, al propósito moralizante, al afán ejemplificador del mundo cristiano a que pertenecía el poeta medieval. Tal rigidez psicológica es resultado de ese proceso de adaptación del espíritu pagano a los nuevos tiempos.

En dos capítulos complementarios, estudia Alvar con detenimiento las versiones de la leyenda en otras obras que tuvieron repercusión en la literatura española posterior: el capítulo 153 de las *Gesta romanorum*, cuya traducción dio origen a *La novela de Apolonio*, texto castellano del siglo xv, que Homero Serís puso en relación con la *Patraña oncena* de Timoneda, relación que Alvar pone muy en duda, con razonamientos convincentes; y un relato de la *Confessio amantis* de John

<sup>1</sup> Eliminación de algún artículo innecesario, de ciertas partículas improcedentes, etc. No deja de llamar la atención el alto número de adverbios y partículas superfluas que Alvar considera introducidas en los versos originales por el copista, ya que tales adiciones rompían violentamente la regularidad métrica de una escuela poética en que se hallaba inmerso todavía el amanuense transmisor del poema.

<sup>2</sup> En ciertos casos, las sustituciones pueden parecer algo más atrevidas; así en el caso de *ropa* como sustituto de *vestido*, o de *iban* en lugar de *andaban*. Claro está que todo editor corre el riesgo, en su justo afán reconstructor, de tender hacia lo que pudo o debió ser el texto original, y no lo que fue en realidad. (Y en el *Apolonio* no dejan de aparecer hemistiquios irregulares). Pero tampoco puede limitarse el editor, a causa de un ciego respeto fetichista, a retransmitir el texto de que se trate con todas las alteraciones y aun adulteraciones introducidas por múltiples y sucesivos copistas. De su sagacidad dependerá —Pero Grullo lo advierte— el acierto o desatino con que cumpla tan delicada tarea; y no creo que quepa poner en duda la sagacidad de filólogo tan sabio y experimentado como Manuel Alvar.

Gower, fuente inmediata de la *Confesión del amante* de Juan de Cuenca, hecha sobre la traducción portuguesa —hoy perdida— que del poema inglés hizo Roberto Paim a fines del siglo xiv. Tanto *La novela de Apolonio* como el capítulo de las *Gesta romanorum* hallan cabida en el tomo II de la obra de Alvar, junto con las diversas ediciones (paleográfica, crítica, modernizada en prosa, facsimilar del manuscrito y del incunable) del *Libro de Apolonio*.

La última parte del primer volumen está dedicada al estudio lingüístico del poema (pp. 279-472). Estudio completo y a la vez sintético, estudio de una gran densidad, dentro de la mejor línea filológica. De él se desprende que la lengua del *Libro* es plenamente castellana, y el manuscrito, copia tardía de un escriba aragonés o, al menos, de tradición aragonesa<sup>3</sup>. El análisis fonético muestra confusión de *z* (*dz*) y *ç* (*/ʃ/*), así como de *s* (*/z/*) y *ss* (*/s/*), con amplio predominio de las variantes sordas. Pero la atención de Alvar se extiende también, y aún más ampliamente, a los dominios —por lo general descuidados— de la morfología y de la sintaxis. Son páginas densas, apretadas, de enorme utilidad; la información que en ellas se reúne, riquísima. Los datos lingüísticos se contrastan casi exclusivamente con los recogidos y analizados por el propio Alvar en su estudio sobre la *Vida de Santa María Egipciaca*; ocasionalmente, con los reunidos por Menéndez Pidal en torno al *Cid*. Y, a pesar de la inmensa acumulación de datos, juicios, ejemplos, interpretaciones, son muy raros los descuidos<sup>4</sup>. Como son también muy escasas las erratas: la edición se ha hecho con un esmero que no es ya común en estos tiempos<sup>5</sup>. La riqueza de información lingüística apunta, a veces, hacia problemas particulares que requerirían de un análisis específico. Análisis que puede hacerse gracias precisamente —como el comienzo de estas líneas indicaba— al índice de concordancias que ocupa el tercer tomo. Por ejemplo, la presencia o ausencia del artículo en construcciones con pronombre relativo, ora en proposición explicativa ora en especificativa, podrá hacerse cómodamente con base en las concordancias respectivas. Y así otros muchos problemas sintácticos relativos al español medieval, para cuyo análisis será absolutamente nece-

<sup>3</sup> Señala minuciosamente Alvar los rasgos aragoneses de la copia, tanto gráficos (*h-* expletiva, *-t* sorda final, *ny* por *ñ*, *qua*, *gua* por [ka, ga], etc.), como gramaticales (uso esporádico de *tú* precedido de preposición, en vez de *ti*, concurrencia *que / qui*, etc.). Su baja incidencia revela que se trata de “descuidos” del copista, pero no de hechos de lengua del original, que es absolutamente castellana (§§ 417-421, 560, etc.).

<sup>4</sup> El sintagma *era en fallença caído* (379.4) no sirve como ejemplo de “*en* + artículo”; ni tampoco *cantes en rota o en giga*. En el sintagma final “*por fincar con su fijo*” (379.5) no se usa artículo por ser su núcleo un verbo (infinitivo), frente a los casos en que el núcleo es un sustantivo: “*demanda por el templo*”. Como pronombre, *todo* no podría llevar artículo en *todos hobieron duelo* (375), frente a lo que puede suceder en su uso adjetival: *toda (la) cort*.

<sup>5</sup> Algo notorias son las de la lista fonética de la p. 300, donde en vez de *l* (= *yll*) debería ser *λ*, y en lugar de *n* (= *nn*, *ny*) debe ser *ñ*. Fonemas ambos —*ñ* y *λ*— que también faltan en el cuadro de la p. 324.

sario tener muy en cuenta el estudio hecho por Alvar en torno a un estado de lengua en época tan crucial como es la del *Apolonio*.

Espero que haya todavía muchos estudiosos en el mundo a quienes —como a mí— les llene de satisfacción y de alegría ver publicada tan dignamente hoy una obra que continúa y enriquece la vieja tradición filológica española.

JUAN M. LOPE BLANCH

Universidad Nacional Autónoma de México.

El Colegio de México.

ANTONIO SÁNCHEZ ROMERALO, *El villancico*. Gredos, Madrid, 1969; 632 pp. (*BRH, Estudios y ensayos*, 131).

El libro consta de una sección dedicada a precisar y resolver los problemas teóricos que plantea el género del villancico y, por extensión, la lírica popular española. En la sección que sigue el autor inserta, a modo de ilustración, tres cuerpos antológicos: uno de poesía popular propiamente dicha, y dos de poesía popularizante, composiciones de autores cultos que imitan o desarrollan temas de la poesía popular. Las tres antologías se enriquecen con notas y comentarios que tienden a esclarecer las particularidades gramaticales y la estructura sintáctica de esas composiciones. Se trata, sin duda, de una recopilación cuidadosa que el autor ha estudiado exhaustivamente recurriendo incluso al servicio de computadoras.

La sección teórica está desarrollada sobre la base de una investigación vasta y paciente, y esta virtud pone a disposición del lector un repertorio de conocimientos que les permiten una apreciación más clara de un tema que, no por transitado y debatido deja de estar cubierto de interrogantes. Una revisión de las teorías más relevantes sobre la lírica popular, un estudio de los temas frecuentes en el villancico, un análisis de su estructura y de los elementos estilísticos y una indagación sobre los orígenes, a partir de las jarchas, son las etapas de este trabajo minucioso.

El libro se inscribe en la tradición crítica fundada —y sin cesar alimentada— por Menéndez Pidal. Se trata de una crítica que, aun contando con representantes que muchas veces carecen de la solidez y el talento del maestro, ha ido reproduciendo y desarrollando su visión de la literatura popular en un grado y con una dedicación que nos hace preguntarnos, por ejemplo, por qué la crítica de los países latinoamericanos no ha hecho algo similar en su propia literatura, ya que cuenta con un material de estudio sin duda igualmente rico y en gran parte todavía no descubierto. Desde el siglo pasado a nuestros días, los españoles han buscado su identidad en el rastreo de sus tradiciones literarias, y aunque esta pasión nacionalista los ha llevado muchas veces al aislamiento y la arbitrariedad, no puede negarse que se han acercado a una fuente cuya riqueza está aún muy lejos de agotarse.